

## LA DOCTRINA FAISALIANA

¿En qué consiste esta «doctrina faisaliana» de la que se ha empezado a hablar, de poco tiempo a esta parte, en escritos diversos? Puede pensarse en principio que es una réplica a la «vía socialista del Islam» en el empeño de los países musulmanes de acomodar la forma de vida de sus sociedades al modelo de la occidental—impregnada de ciencia empírica—, técnica y con preponderancia de la sociedad urbana sobre la campesina patriarcal. En ella la religión no ha perdido el papel preeminente que tenía en los asuntos del gobierno del Estado, como pasa en los países musulmanes que han seguido la citada vía, crecientemente laicizados. Es una evolución más moderada del sistema patriarcal teocrático en el camino de que el pueblo tenga una participación efectiva en el poder. Cosa que, por otra parte, el Islam tiene establecida. La doctrina faisaliana—versión modernizada del uahabismo—no separa a la religión del quehacer diario del Estado, sino que sigue realmente el camino tradicional, despojando su vida de supersticiones—*chirk*—e innovaciones—*bidaa*—que choquen con los principios religiosos eternos del Islam. Es decir, que su fin es simple: modernizar la sociedad árabe saudí, dando ejemplo al resto de los países del Islam, a la luz de dichos principios, y volver a la solidaridad islámica, por encima de ritos y sectas, como lo prueba la labor de atracción hacia el Irán—perteneciente en casi su totalidad a la secta *chii* duodecimamista—. Más que doctrina política original quizá sea un esfuerzo de contención para que no se desarrolle una evolución demasiado rápida y extremada.

Aunque entra dentro del conocimiento de lectores como los de esta revista un fenómeno como el del uahabismo, no creo esté de más hacer un resumen de esta doctrina islámica, que, junto a su renovación de la pureza

religiosa, muestra una clara intención política. Es una doctrina que se acomoda perfectamente al alma del beduino del desierto, de la Península Arábiga, pues no en vano ha nacido en sus ardientes arenas. No trato de presentar un determinismo geográfico ni de recurrir al tópico del Dios trascendente y alejado del pobre mortal, aislado en las soledades inmensas bajo un cielo implacable, como algunos han querido hacer ver el uahabismo y su antecedente, el hanbalismo, pasando por las diatribas de un Ibn Taimía. El Islam es uno, el enseñado en el *Koran*, y la *Sunna* (tradicción sagrada del Profeta Muhammad), aunque haya cuatro escuelas ortodoxas con diferencias en lo accidental, es decir, en el rito y en los problemas de la vida diaria, no previstos en su totalidad ni en sus detalles por las citadas fuentes. Con el paso del tiempo, esos problemas han crecido a compás de la complejidad creciente de la vida y del desarrollo que la riqueza del petróleo permite, y en la sociedad árabe saudí también ha prendido la revolución de esperanzas crecientes que en todos los pueblos retrasados en su evolución se ha hecho galope incontenible. No sólo en el pueblo llano, a quien le llegan propagandas extrañas llenas de rosas incentivos, sino también en la conciencia de los mejores que quieren eliminar apresuramientos que luego traen decepciones y frustraciones engendradoras de violencia y sangre.

En principio Islam es algo tan simple como esto, que recoge Muslim en su colección de Tradiciones ortodoxas: Atestigua que no hay otro dios sino Dios y que Muhammad es Su enviado. Haz la oración. Da la limosna. Ayuna durante el mes de Ramadán y haz, si tienes la posibilidad de hacerlo, la Peregrinación a la Casa de Dios.

Este es el rito; el dogma se sintetiza en los siguientes mandatos que se conocen con el nombre de *iman* (fe): «Cree en Dios, en sus ángeles, en sus libros, en sus enviados y en el último día. Cree también en la predestinación, en el bien y el mal».

Todo se sintetiza en la siguiente regla de conducta denominada *ihsan* (bien): Sirve a Dios como si lo estuvieras viendo. Si tú no lo ves, Él te ve.

La fuente originaria de esta religión es, en primer lugar, el *Koran*, revelado por Dios al Profeta Muhammad, y en segundo la *Sunna*, para completar puntos oscuros del primero, que es lo que el profeta dijo, hizo o permitió (*aqaluhu, afaaluhu, taqriatuhu*); en realidad, las costumbres de la comunidad transmitidas oralmente, que constituían el estilo de vida de la misma. Sin embargo, los gobernantes y jurisconsultos que tenían que resolver con-

flictos o juzgar motivaciones de conducta en la vida, individual y colectiva, de la comunidad, se encontraban con algunas, difíciles de resolver de un modo directo, acudiendo al texto del *Koran*, ni había tampoco un *hadiz*, entre los muchísimos miles que componen la *Sunna*, que le diera la solución. Esto, más difícil, conforme de la sencillez de Mecca o Medina se pasó a la complicación de Damasco, Bagdad y otras ciudades más alejadas del gran imperio que se iba creando. Entonces se recurrió al *iytihad*, es decir al esfuerzo del entendimiento para aclarar el punto oscuro que se resumía en una opinión (*rai*). El método más usado fue el *qiias* (analogía), que consistía en deducir la solución por analogía con alguna cuestión expresada en el *Koran* o la *Sunna*. Si no, también se consideraba la bondad (*istihsan*) o la preferencia de las soluciones o aclaraciones que podían servir para resolver la cuestión; y, por último, podía resolverse por medio del *iymaa* (acuerdo de la comunidad islámica), que en realidad era el de sus doctores más renombrados. Una forma moderna de *iymaa* son los Congresos islámicos universales.

Tres siglos duró este proceso, dando lugar a muchas escuelas que se agrupaban en torno a un sabio famoso, de las que sólo, al correr de los siglos, han quedado cuatro.

Estas cuatro escuelas ortodoxas (*madhab*), nacidas en medio de las ardientes disputas jurídicas y teológicas que se desarrollaron durante los tres primeros siglos de vida del Islam, a causa de la gran cantidad de doctrinas y formas de vida con las que chocó en su rápida conquista de tantos pueblos extraños y de la insuficiencia del *Koran* para resolver muchas cuestiones jurídicas, son las siguientes:

Escuela *hanafía*, fundada por Abu Hanifa Numan Ibn Tabit (699-767 J. C.); teólogo de origen persa que apenas escribió, siendo dos de sus discípulos los que desarrollaron sus ideas en forma escrita. Era un pensador y por eso en su sistema da mucha preponderancia al *rai*, suavizado algo por el uso del *qiias* y el *istihsan*. Es la más liberal y por eso la más extendida en los países más liberales, como Turquía y Pakistán, contando también con bastantes partidarios en Egipto, Indonesia y China.

Escuela *malekía*, la primitiva escuela de Medina, fundada por Malik Ibn Anas (713-795). Más intolerante, desapruaba el uso del *rai* y se atiene al *Koran* y la *Sunna* principalmente, haciendo también uso del *iyman* (en realidad la opinión de los doctores religiosos de Medina). Magreb, Africa,

Alto Egipto, Sudán y España musulmana fueron los lugares donde arraigó con más fuerza.

Escuela *chafiaia*. Fue su fundador Muhammad Ibn Idris Chaifiai (767-820), nacido en Palestina y residente habitualmente en Egipto. Discípulo de Malik, combinó el tradicionalismo maleki con el *quias* hanefi, dando carácter de principio general al *iymaa*, que quedó definitivamente como poder infalible de la comunidad, de acuerdo con el dicho del Profeta. Fue doctrina oficial del califato abbasí y sus marinos la llevaron a Africa oriental e Indonesia. Por supuesto, también afincó en el Bajo Egipto y Sur de Arabia.

Punto aparte merece en este estudio la cuarta escuela surgida en el conjunto del Islam, la *hanbalia*, que más que una escuela original es una reacción del primigenio espíritu árabe recogido por Mahoma en el *Koran*, contra lo que consideró su fundador, Ahmed Ibn Hanbal, excesos de la razón en la interpretación de las verdades religiosas. Este exceso a que había llevado la liberalidad creciente de las escuelas anteriores quedó encarnado, según Ibn Hanbal, en la escuela filosófica llamada *Mutazila*, y que por sus esfuerzos y los de Achaari fue declarada herética. Sin embargo, la *Mutazila* fue adoptada por el Jalifa abbasí Al Mamun como doctrina oficial y persiguió a Ibn Hanbal hasta condenarlo a muerte.

Uno de los motivos principales de esos, a sus ojos, excesos racionalistas fue el contacto con los pueblos conquistados, principalmente helenos y cristianos, que produjo a los hijos del desierto, de cultura menos evolucionada entonces, un sentimiento de inferioridad por el mayor adelanto intelectual de aquéllos. La filosofía, la matemática, la física, la alquimia y la astronomía eran patrimonio de sirios, bizantinos, persas y judíos, quedando para los árabes como ciencias el *Koran* y la *Sunna*, que su orgullo y sentimiento religioso elevaban al rango supremo por ser palabra de Dios. El deseo de superar el citado sentimiento les obligó a estudiar esas ciencias, pero sin salirse del respeto debido a sus dos fuentes principales (exactamente igual que hoy), dando lugar al desarrollo de la teología (*tauhid*), jurisprudencia (*chariaa*) y la lingüística (*luga*), principalmente y con una gran tendencia a oponerse a las innovaciones (*bidaa*), tanto en ciencia como en costumbres.

Esta escuela se esparció por Irak, Siria y Arabia y de estos países han surgido posteriormente otros purificadores, como los citados Ibn Taimía y Abdel Uahab.

La oposición del sirio Ibn Taimía en el siglo XVI fue una renovación de la

lucha contra la *bidaa*, que al amparo del *iymaa* se había introducido en el mundo islámico, principalmente dirigida contra el gran fenómeno del misticismo, al que el eminente Gazali había dado carta de naturaleza en el Islam. Tachó de panteísmo el excesivo respeto a los sufis (místicos), que los transformaban en santos, e incluso la visita a la tumba del Profeta con ocasión de la Peregrinación anual.

La renovación de Abdel Uahab surgió en el siglo XVIII y de su nombre han deducido los arabistas europeos el de uahabismo dado a sus doctrinas, ya que ellos se llaman a sí mismos los «unitarios» (*al muahiddum*), partidarios del Dios único, es decir de las revelaciones de Éste en toda su pureza. Sus predicaciones están expuestas en un libro titulado *Kitab at Tauhid* (Tratado de la Unidad de Dios) y fueron respaldadas, desde el primer momento, por el jefe de la región árabe de Neyed, Muhammad Ibn Saud. Esto sucedió entre 1760 y 1762, fecha en que murió Abdel Uahab, encargándose de ahí en adelante la familia saudí de extender sus doctrinas al mismo ritmo que sus dominios. No vamos a explicar las vicisitudes ocurridas hasta constituir el reino actual, llenas de incidencias aptas para ser noveladas. Sólo diremos que en todos los lugares donde entraban hacían desaparecer el culto a los santos, el lujo y hasta fumar u oír música. Así arrasaron santuarios, tanto chiitas como sunnistas, asientos del *chirk* (idolatría), más condenable; destruyeron tumbas—algunas valiosas artísticamente—, cambiaron las cortinas de seda de la Kaaba por otras ordinarias y en todas partes impusieron una gran austeridad de costumbres, piedad y disciplina. En lugar de las mezquitas lujosas destruidas se erigieron sencillos lugares de oración, como en los tiempos del Profeta Muhammad, y su lema fue: Restauración del primitivo Islam, sin añadiduras: el de Muhammad y sus compañeros, con el *Koran*, tomado en sentido literal, y la *Sunna* como únicas fuentes de religión. La especulación teológica y la interpretación del *Koran*, haciendo uso del *tauil* (develación de un sentido esotérico), fueron condenadas y lo mismo la mediación de un ángel, santo o profeta en la oración a Dios. Llegaron a acusar a las demás escuelas, consideradas en todo el mundo del Islam como ortodoxas, de haber aceptado compromisos con la herejía y no ser absolutamente fieles al puro monoteísmo islámico. Esta postura les atrajo muchas antipatías y hostilidad, que la habilidad diplomática del gran rey Abdel Aziz Ibn Saud, padre del actual rey Faisal, supo vencer. En un discurso pronunciado en 1925 ante numerosos ulemas que hacían la peregrinación a La Meca, les dijo:

«Me siento obligado delante de Dios y de todos los musulmanes a invitaros a que os adheráis a la antigua religión. Mi fe y mi credo son los de los antiguos antepasados. Su ritual es el mío. Yo siempre acataré lo que pueda comprobarse por un versículo del *Koran*, por un hadiz auténtico o por un mandamiento de los cuatro primeros jalifas. Acataré también los preceptos testificados por los compañeros del profeta y los sancionados por los imanes fundadores de las cuatro escuelas ortodoxas, así como todo aquello con lo que se muestren de acuerdo los *aolama*, sus continuadores, y que no se aparte del *Koran* y la *Sunna*. Por último, confieso, una vez más, lo que hayan confesado nuestros piadosos antecesores.»

El entendimiento en el aspecto religioso entre sunnies y uahabíes es hoy día completo, pues, al fin y al cabo, el uahabismo no es más que un celo extremado por la pureza religiosa del dogma islámico y su interés máximo reside—y ésta es una de las constantes de la política del rey Faisal—en resucitar el dinamismo moral del Islam.

En su dirección política respecto al interior del país, él no se puede sustraer a las corrientes por las que marcha hoy día la vida de las sociedades. Ya no es posible la vida como en tiempos de Abdel Uahab, y mucho menos como en tiempo de los primeros jalifas. La salida de la élite al exterior para aprender la ciencia moderna en universidades europeas y americanas, y el petróleo explotado por técnicos del mismo origen, han traído una mayor permeabilidad. Pero ésta es mayor para las voces e imágenes que vienen de los países «socialistas árabes». La radio de El Cairo, sobre todo, excita imaginaciones hasta un grado insospechado en todos los países árabes y la cuna del Islam no ha sido una excepción en este aspecto. El momento en que Faisal subió al trono era decisivo para dar un impulso que hiciera frente a la situación creada, generadora de tensiones expectantes hacia una «nueva vida». Nueva vida en la creación y distribución de la riqueza, sin perder las esencias espirituales y morales del Islam, ha sido la respuesta del rey, es decir, la famosa *doctrina faisaliana*. En síntesis, lo que el rey ha dicho es:

«La evolución de esta sociedad ha de inspirarse en sus realidades, posibilidades y valores éticos y no en experiencias ajenas y diferentes—punto de vista muy razonable y sensato, pero que requerirá gran energía por parte de sus élites dirigentes—, Arabia Saudí es un estado árabe musulmán cuya constitución debe basarse en el *Koran* y la Tradición del Profeta. Debe restable-

cerse el sistema islámico de consulta (*chura*), para que el pueblo, por medio de sus representantes calificados, participe en la gestión de los asuntos públicos. Las leyes constitucionales del Estado han de garantizar las libertades fundamentales de los individuos, con la máxima libertad para su ejercicio, sin más restricciones que las que determina la doctrina islámica y el orden público.

Base imprescindible para el buen gobierno del Estado es el logro de la justicia social, obrando los gobernantes y gobernados en buena armonía, en pie de igualdad y como hermanos, siendo el rey tan sólo un servidor del pueblo, mantenedor del bien común.»

La justicia social que él propugna es, según su afirmación, esencialmente islámica y se resume en: enseñanza y sanidad gratuitas para todo el mundo, protección para todo el que vive de su trabajo, por medio de una seguridad social eficaz, y elevación del nivel de vida a todos los sectores de la población. Estos sectores no son clases, pues el Islam no reconoce distinción entre un blanco y un negro, un pobre y un rico, un joven y un viejo, ya que todos son iguales ante Dios. Esta forma de enfocar las cosas no presta fácil terreno a la lucha de clases y por eso dice el rey que no cree ni en el socialismo ni en el comunismo como solución social.

Sin embargo, el Estado tiene para él un papel importante y es suplir las deficiencias o limitaciones de la iniciativa privada. Cuando los individuos se muestran incapaces de cumplir con sus obligaciones al servicio de la comunidad, incumbe al Estado tomar la iniciativa para asegurar la justicia y el bienestar de todos. Pero ¿cómo se lleva a cabo esta intervención del Estado, teniendo en cuenta que la citada doctrina faisaliana mantiene el principio de la libertad económica, la de propiedad, trabajo y comercio como normas fundamentales islámicas que son?

Por el principio de la oferta y la demanda entre capital y trabajo, entre productor y consumidor; ahora bien, sin dañar al interés público. Si el capital o el productor no tienen en cuenta dicho interés el Estado debe intervenir. No por la nacionalización, expropiación o confiscación, sino por la adquisición del centro de producción que sirve a los consumidores, sufragando la diferencia, especialmente en artículos de alimentación, agua o energía, haciendo exenciones arancelarias en partidas importadas, etc.

Con esta doctrina, los avances en el aspecto social están siendo muy rápidos y cada año los porcentajes en presupuestos y personas en los campos

de la educación y las producciones del país suben a un ritmo realmente notable. El presupuesto, por ejemplo, dedicado a educación, en un plazo de once años ha subido en un 2.000 por 100, y el número de escuelas y de estudiantes en el espacio comprendido entre el año 1957 y 1963 lo ha hecho en un 22 por 100. Lo mismo sucede en las obras públicas, cultivos e industrias.

En política exterior apea incansablemente al lazo de la religión islámica para tratar de borrar las divisiones que regímenes inspirados en corrientes socio-políticas prestadas a la filosofía europea y en una pérdida de respeto a soberanos hereditarios o elegidos en determinadas familias detentadoras del poder, como es precisamente el caso de la familia saudí, han creado. Su última llamada a la solidaridad islámica ha sido y es tremendamente discutida y puesta en tela de juicio por los Estados socialistas como capa o añagaza para seguir con ese poder. Algunos la consideran como un manto que las potencias occidentales—principalmente Gran Bretaña y los Estados Unidos, con grandes intereses petrolíferos y estratégicos en la zona—han tendido para lograr un instrumento más fuerte que el C. E. N. T. O., especialmente si Gran Bretaña debilita sus posiciones en los Estados del sur de Arabia y deja un vacío. Esto sería la doctrina Eisenhower llevada a su final y aprovechada al máximo posible que le sería permitido. No lo ha sido más por la conciencia de personalidad acusada que tienen los Estados árabes a causa de su historia y por haber favorecido Norteamérica la creación y sostenimiento del Estado israelí.

Creo que, aparte de una tendencia muy natural a la autodefensa y a la protección de sus riquezas naturales, aprovechándola en primer lugar para la elevación del pueblo de Arabia Saudí, el asunto es algo más profundo de lo que se cree. Es el ajuste de un mundo que se había quedado retrasado con respecto a la marcha de los países más adelantados, con métodos y ritmo que sacudan lo menos posible sus fundamentos íntimos. Yo interpreto que el tema de la solidaridad islámica, tal como lo desarrolla el rey saudí, es que con la aplicación de las doctrinas socialistas la esencia islámica queda muy desvaída y tiende a borrarse en la vida de unos pueblos que han nacido y crecido en su atmósfera. El ve que esa esencia es aún muy fuerte y profundamente sentida por el pueblo musulmán. En nuestros días, ella por sí sola ha dado lugar al nacimiento de una nación—Pakistán—, viniendo las tendencias socialistas impuestas por minorías ambiciosas o alia-

das con el materialismo o supervalorando el estado social actual de las masas árabes. Por eso ha hecho esa llamada, a la que han respondido los gobernantes de países más tradicionalistas y personalidades de todo el mundo islámico, entre ellos el jefe de una República tachada de socialista: la somalí. La ha hecho para conjurar un peligro que ve en el horizonte y que puede traer la desislamización de masas enteras. Más aún, la posibilidad de que los pueblos islámicos pierdan su independencia y su personalidad ahogados por esos ídolos modernos con fuerte tinte materialista opuestos a la verdadera esencia islámica. De esta lucha de contrarios, ¿saldrá un nuevo Achaari armonizador? Eso es lo que pueden traer las conferencias islámicas en que participen todos los representantes destacados de pueblos de este credo. Sería una labor de «aggiornamiento», emprendida en común, como debe ser, y con la participación del máximo número de tendencias, sunníes y chiíes, socialistas y conservadoras, cuya tarea principal sería luchar contra el ateísmo, que también entre ellos se infiltra. No hay ninguna incompatibilidad para esto entre la «solidaridad árabe» y la «solidaridad islámica», ha dicho el rey Faisal; y Abdel Aziz Buteflica, el sagaz ministro de una nación árabe con tendencias socialistas, ha coincidido con el monarca saudí al decir que los lazos islámicos son más fuertes que los pactos políticos.

FERNANDO FRADE

